

En tus crespos cabellos fenecía
la ilusión del crepúsculo escarlata
en un temblor agónico y cobarde

y en el fondo del pozo se veía
brillar como una lágrima de plata
el lírico lucero de la tarde.

II

—Calma la ardiente sed que me sofoca—
te dije arrodillado y balbuciente...
Y acercando tu ánfora á mi boca
me diste de beber patriarcalmente.

Y te fuiste... En tus rizos se extinguía
la última llamarada del Poniente...
Cantabas al partir... Tu voz tenía
un lejano frescor de agua corriente.

Y no te he vuelto á ver .. ¿En qué camino
ofrecerás tu agua al peregrino?
De mi labio febril la sed saciaste;

mas ahora, ¿en qué brocal de qué cisterna
conseguiré saciar esta ansia eterna
que en el fondo del alma me dejaste?

III

En la paz del desierto solitario
bajo la asfixia y el dolor me pierdo,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

¡Cuántas veces, la sed del labio ardiente
sació una virgen bajo alguna palma;
mas no apagó la sed que por tí siente
la eterna calentura de mi alma!

El eco de tu voz suena en mi oído
mucho más dulce cuanto más perdido. . .
Y lento y melancólico me pierdo

en la paz del desierto solitario,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

EL POEMA DEL OPIO

A RICARDO BAEZA.

I

Mientras sobre moriscos almohadones
se inclina fatigada la cabeza,
amengua el corazón sus pulsaciones
y enerva nuestros miembros la pereza.

Respira libremente, en una rara
levedad la materia adormecida,
cual si un ser invisible nos quitara
de los hombros el peso de la vida.

Me envuelven las azules espirales
de mi pipa en volutas irreales
como serpientes á un rumor despiertas,

y adormecen mi alma con sus giros
clavando en mis pupilas entreabiertas
sus hipnóticos ojos de záfiro.

II

Se disipa en el humo el alma entera,
sólo una vaga angustia nos domina...
Torpe la mano desgarrar quisiera
la telaraña azul de la neblina.

De un sueño vagaroso y polvoriento
nos despierta un rumor vago y sonoro,
como el ligero aletear del viento
entre un rosal de cálices de oro.

Una nube de humo lenta avanza,
flotando á impulso de fragante brisa,
y arqueando los brazos en la danza,

entre las nieblas de su cabellera
me ofrece la granada de su risa
el bronce humano de una bayadera.

III

La cabellera destrenzada ondea
sobre el rítmico bronce estremecido,
y el loto que en sus manos azulea
deja en el aire un vago olor á olvido.

Tejen vertiginosos sus pies frágiles
simulacros de lúbrica armonía,
mientras resbala por sus miembros ágiles
un trémulo fulgor de pedrería.

El oro de su risa me arrebató,
y en mi carne despiértase la fiera.
Ahogo en un beso su reír sonoro,

y ante mis ojos que el placer dilata
fosforecen sus ojos de pantera
constelados de ráfagas de oro.

Francisco VILLAESPEA